

Dorothy May

Por
Stephanie Helder



Cuando yo era niña, quería ser como mi abuela. Ella era artista, maestra, amiga, consejera, bailadora, madre, hermana, esposa, y amiga. ! Era bellísima y muy interesante!

! Había un árbol grande en mi patio cuando yo era niña! Muchas bellotas caían de ese árbol en la piscina todos los años, y cuando tenía doce años, lo cortamos. Cuando los trabajadores habían terminado con el árbol, quedaron muchas rebanadas grandes en mi patio. Luego, mi abuela que tenía ochenta años, subió en la mesa que las rebanadas habían creado y empezó a bailar. Ella bailaba y cantaba en la mesa con una gran sonrisa. Cantó canciones que no eran adecuadas para una niña, pero fingí que no la oía. Mi abuela no era una cantante buena pero era encantadora. Su pecho se movía y temblaba mucho porque no podía llevar un sujetador. No podía llevar un sujetador cuando su camisa no tenía correas. Ella no vivía su vida ni se vestía como si tuviera ochenta años. Eso es lo que me gustaba de ella. Su camisa en ese día era roja y tenía muchos destellos y le quedaba bien. Ella era baja de estatura y tenía pelo rizado pero tenía una personalidad flamante. Su piel tenía muchas pecas porque a ella le encantaba tomar el sol. "Ay," pensé, "que bonita y divertida es ella."

! Cuando yo era niña y mi mamá trabajaba mucho, mi abuela me cuidaba todos los días. Mi abuela y yo jugábamos juegos de cartas, tomábamos siestas, contábamos chistes, caminábamos por el parque, y leímos libros buenos. Cuando tomábamos siestas, me dormía con el olor de mi abuela. Ella olía a plátanos, cacao, sudor, polvo,

y perfume. Cuando cierro los ojos y pienso en mi abuela, siento como si ella estuviera aquí conmigo. Recuerdo el tono de su voz cuando me dijo, “pon la cabeza en mi pecho, nieta.” Y su olor me consumió. Su pecho se movía a un ritmo constante. Luego, cuando lo minutos habían pasado, y yo me había dormido, ella comenzaba a roncar. Tenía el ronquido de un rinoceronte.

A mi abuela le gusta llevar mucha joyería . No tenía agujeros en sus orejas pues llevaba “clip-ons” que eran grandes. Llevaba muchos collares brillantes y pulseras bonitas, pero lo que más me gustaba sobre todas las cosas que llevaba, eran los anillos. Las manos de ella eran magníficas. Siempre que se movían las manos, sus anillos brillaban por la luz. Me encantaba tomar y torcer los anillos en sus manos cuando nos sentábamos juntas.

“Esos fueron un regalo de tu abuelo,” ella me decía, “de cuando nos casamos.” Las manos de ella eran delicadas y ancianas, cuando las vi, supe que esas manos eran manos de importancia. Mi abuela hablaba con sus manos cuando contaba historias. Entretenía a todas las personas con historias sobre los hombres que perseguía antes de mi abuelo.

“!Qué afortunado es abuelo!”, me decía. Me encanta mirar sus manos en el aire cuando hablaba. Cuando ella había terminado su historia, ella se reía y borraba las migajas que habían caído en el mantel en un pila. Recuerdo como si fuera ayer. Pero no he visto sus manos en casi cuatro años. Recuerdo el día final de su vida, acarició mis manos con las suyas. Estaban frías, pero bonitas todavía. La historia que sus manos me contaron en ese día fue una de cansancio y tristeza. Lloré mucho cuando su pecho dejó de moverse, y no pude oír su ronquido. El 13 de diciembre de 2006, Dorothy May Gard murió cuando tenía ochenta y un años y yo tenía catorce. Es triste que ella no pueda verme ahora, o verme cuando yo me gradúe del colegio. Pero yo sé que si hubiera tenido más tiempo en el mundo, habría estado allí para todas las cosas, porque ella es mi modelo, consejera, cuidadora, amiga, maestra, abuela, y ángel.